



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 32. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Agosto 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

SUMARIO.

Maria Lesczinska, por La Condesa de Araceli. — *Don Gaspar Bono Serrano*, por Domingo Hévia. — *Maria Stuart*, por Salvador María de Fábregues. — *Bibliografía*, por Vicente Cuenca. — *Costumbres drabes*, por Angela Grassi. — *Sueño y realidad* (poesía), por Gerardo Corder. — *A Granada* (poesía), por Isabel de Villamartin. — *Luchas del corazón*, por Sofia Tartilan. — *Explicación del figurin*. — *Variedades*. — *Charada*.

GRABADOS. — *Maria Lesczinska*. — Francia. Puente de Trousean. — Interior de una mezquita. — Tenda árabe. — Árabe montado sobre un camello.

MARIA LESZINSKA.

¿Quién no conoce la interesante anécdota de aquel embajador que partió de la corte de Francia para ir á pedir para su rey la mano de una ilustre princesa, y que semejante á los personajes benéficos de los cuentos que embelesan nuestra infancia, acabó proponiendo al monarca otra esposa inferior á la primera por el esplendor y el rango, pero superior á ella por la modestia y la virtud?

El embajador en cuestión, atravesando la Alsacia, hubo de detenerse en Wissembourg, en donde habitaba en el ostracismo y casi en la pobreza, un rey destronado. Introducido en su modesto salon, vió arrodillada á los pies del pobre rey, que padecía un ataque de gota, á una encantadora jóven, tan atenta en abrocharle por sí misma unos botines de abrigo, que solo se apercebíó de la presencia del visitante cuando se hallaba ya cerca de ella.

Quedó estático el viajero al contemplar tan tierno cuadro, y aun más creció su admiración, cuando la jóven le dijo sonriendo:

—¿Teneis padre, caballero? Ah, si teneis aún esa fortuna, comprendereis que yo no quiera confiar á otra persona la obligación de cuidarle, y el placer



MARIA LESZINSKA.

que hallo en hacerlo por mí misma y minorar sus sufrimientos.

Supuesto que teneis padre, añadió, viendo que el embajador habia hecho un signo afirmativo, no os ofendereis de que siga abrochando hasta el último boton.

Cediendo á un misterioso y suave encanto, el magnate, que solo se habia propuesto saludar al anciano rey, se quedó algunas horas en Wissembourg, durante las cuales presenció, bajo mil delicadas formas, los cuidados respetuosos y las cariñosas atenciones que la jóven prodigaba al autor de su existencia.

Preocupado con su recuerdo, abandonó el embajador aquella humilde morada, y se dirigió á la corte del poderoso monarca cuya hija iba á pedir para su rey. La casualidad quiso, ó más bien la Providencia, que se cuida de premiar á la virtud modesta y cubrirla de brillantes esplendores, que al penetrar el viajero en la régia cámara, la jóven princesa estuviese disputando con su madre en términos destemplados y altaneros, porque un viejo chambelan habia olvidado recoger el extremo de su manto.

«Señor, escribió al instante el embajador al rey de Francia, he visto á dos princesas muy diferentes entre sí; la una, cuyo único dote consiste en su modestia y su virtud, la he encontrado abrochando los botines á su padre enfermo; la otra, poderosa y rica, ha tenido delante de mí una ágría cuestion con su madre por una ligera falta de etiqueta. ¿A cuál de las dos debo pedir para esposa de V. M.?

A la primera, respondió el monarca.

De este modo, al amor filial, debió Maria Lesczinska su enlace con el jóven rey Luis XV, y la gloria de

sentarse en uno de los más poderosos tronos de Europa, demostrando con sus virtudes, nunca desmentidas, cuán bien la había juzgado el hábil diplomático por aquel solo acto de deferencia y cariño tributado á su anciano padre.

LA CONDESA DE ARACELI.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion).

VII.

Del apacible Tormes
El cantor hechicero
Cada dia entonaba
Mil himnos á Lico,
Sin que nunca á sus labios
Aplicara sedientos
Una copa tan solo
De licor malagueño.
Pero yo de Batiso,
Despreciando el ejemplo,
Con mis dulces cantares
Consecuente ser quiero.
Así, todos los dias,
Dos veces á lo ménos,
Apuro mi pocillo,
Que es grande como un templo.

IX.

¿Dónde tienes los ojos,
Marina desdichada,
Que no advirtieron ántes
Cómo viene el Caracas?
¡Recordarme quisiste
Á tu cuñada Clara,
Que dice claridades
Más claritas que el agua?
Que á la comida ó cena
Presentes la vianda
Fria ó lanzando chispas,
Sosa ó tal vez salada;
Que acaso por descuido...
En fin, cualquiera falta,
Por grave que ella sea,
Sufriré con cachaza,
Con tal que el chocolate
Sirvas desde mañana
En su punto debido,
Cual tú sabes me agrada.

XI.

Marina, no me aflijas,
Marina, no me mates
Con la noticia infausta
Que en mal hora me traes.
¡Con que ya el soconusco
Acabóse ayer tarde!
Cielos! llegó sin duda
Mi postrimer instante.
Marcha, Marina, corre,
Vuela por esas calles,
Y mi cítara vende
Al primero que atrapes.
Si, lo que es muy posible,
No sacas ni dos reales
Para salir airosa
Del apurado lance,
Convida á enantos veas
Con versos á millares,
El único tesoro
Que poseen los vates.
En fin, haz imposibles;
Hazlos, jóven amable,
Hasta lograr dichosa
Venir con chocolate.
Mas ay! si malogrados
Ves todos tus afanes,
Antes que á casa vuelvas
Dispon mis funerales.

XIII.

¡Por qué no me es posible
Comenzar una trova
Sencilla y agradable
Cual castiza española?
Ni fáciles me ocurren
Las imágenes propias,
Ni un solo pensamiento,

Ni una sílaba sola.
Mi pulmon ya se cansa
Y está mi lengua ronca
De llamar á la Musa,
Y ella sorda, que sorda.
¡Pero Señor, qué mucho
Si el pocillo no asoma,
Para alejar cual suele
De mi mente las sombras!
Marina, el chocolate
Sirveme sin demora,
Y la Virgen del Pindo
Llegará por la posta.
Venga el maná del cielo,
Y verás como brotan
Los versos á raudales
De mi lira sonora,
Cual de parlora fuente
Las cristalinas ondas
Que riegan apacibles
Tulipanes y rosas.
No vienes todavía?
Despacha, remolona,
Si eclipsar no pretendes
Mis poéticas glorias.

XVII.

Corre Marina en busca
De la dulce ambrosía
Que acalora mi mente,
Que mi pecho electriza.
Venga el licor del cielo,
A quien la frente humillan
Los raudales que brota
La fuente Cabalina:
El bálsamo inefable
Que el entusiasmo inspira,
Pues á cantar las glorias
Voy de la patria mia:
Las glorias inmortales,
Que el tiempo no marchita,
Y ven otras naciones
Con asombro y envidia.
Las Navas, Zaragoza,
Y Bailén y Pavía,
Y el Cid, Cortés, Gonzalo
Y el hijo de Fabila...
¡Cuántos nombres heroicos,
Y lides y conquistas
Inflaman de consuno
Mi ardiente fantasía!
Qué esperas? al momento
Dame una taza henchida
Del mejor chocolate
Que la América envía;
Y atónita y pasmada
Verás luego, Marina,
Las apacibles cuerdas
De mi modesta lira,
Elevarse grandiosas
A la noble armonía,
Patética, sublime,
Del heroismo digna.

XXX.

Queriendo esta mañana,
Con festivo alborozo,
Del grato soconusco
Modular los encomios,
Advertí sorprendido
Presentarse á mis ojos
La Musa de Caracas
Con encendido rostro.
La lira de mis manos
Arrancó, y hecha trozos,
Los arrojó en el suelo,
Diciendo con enojo:
"Tal castigo merece
"El ignorante mozo,
"Que nunca al chocolate
"Hará el debido elogio."
Dice y cruel me deja
Tan turbado y absorto,
Cual beata que en sueños
Creyó ver al demonio.
Mas apurando al punto
Un pocillo tras otro,
Calmó la angustia mia,
Se dispó mi asombro.
Y pues ya no me es dado

Consagrarte mis ócios,
Bálsamo de la vida,
Chocolate precioso,
Contigo á saborearme
Dedicaréme sólo,
Mientras mejores cisnes
Te celebran sonoros.

XX.

Cuando el Sr. Bono Serrano escribía en Bilbao los anteriores versos, estaba todavía convaleciente de una enfermedad gravísima, en la que recibió la Sagrada extrema Uncion. Contrajo aquella dolencia en el campamento, que duró desde el 27 de Noviembre de 1836 hasta el 25 de Diciembre, en que el ejército de Espartero entró en la heroica villa; y sobre todo por haber el poeta contraído el tífus en el hospital de Santa Mónica, de Bilbao, asistiendo á los tifoideos y heridos, que pasaban de quinientos. Aliviado de su grave dolencia, pasó á la guarnicion de Portugalete. Tambien en este pueblo marítimo cultivó las letras, y se entretuvo haciendo versos, cuando se lo permitian sus deberes de sacerdote y la continua asistencia al hospital improvisado, que fué preciso establecer en aquella pequeña villa para los soldados enfermos. Mandaba entónces el 2.º batallon del Inmemorial el ilustrado y dignísimo Coronel Comandante D. Antonio Magaz y Cabezas, que habia estudiado filosofía y teología en el Seminario de Astorga, concluyendo sus estudios eclesiásticos en 1808. Mas la invasion francesa fué causa de que el colegial tomase las armas en lugar de la borla de doctor en teología, como hicieron tantos otros estudiantes españoles en aquella época, que fueron despues excelentes militares, como lo fué Magaz. Gustaba mucho este buen jefe del estudio de las bellas letras, por cuya razon el vate aragonés le dedicó algunos de sus juveniles ensayos. Vamos á copiar parte del fácil romancillo que servia de dedicatoria:

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

MARÍA STUART.

SU DRAMÁTICA VIDA Y REINADO.

1542. — 1587.

(Conclusion.)

XXXI.

ADICIONES É ILUSTRACIONES.

Considerando que la historia es el juicio contradictorio en el cual se depura la verdad de los hechos y la existencia real de los personajes, hemos de admitir las pruebas, como si se tratara de un proceso, que la arqueología, la numismática, la heráldica y la paleografía, preciosas ciencias auxiliares, nos suministran con sus curiosas investigaciones.

Indudable es que sin esos recuerdos vivos de generaciones que fueron, el espíritu escéptico de nuestra época, pondría algunas veces en duda hechos culminantes, que, por sus detalles parecen fabulosos, y de los que, á pesar de ofrecer el carácter de narraciones romancescas, es evidente su realizacion.

Sin Covadonga habria quizá algun pueblo que dudara de la existencia de Pelayo y de su gloriosísima guerra de reconquista. Sin las epístolas de Ciceron, obra familiar pero interesante, quedaria oscuro un periodo de la historia romana, fecundo en acontecimientos. El *Centon epistolario* del bachiller Fernan Gomez de Cidareal, comprueba de una manera incontestable los hechos del turbulento reinado de Juan II de Castilla, explicando los grandes sucesos por los pequeños acontecimientos que en sus escritos refiere. Las cartas familiares de Madama de Sevigné, nos hacen una pintura exacta de lo que fué el reinado de Luis XIV, que puede estudiarse en ellas, fijándose en los detalles, ignorados unos, equivocados otros, por los escritores que se han ocupado de historiarle. Y así, á ese tenor, tendríamos que admitir narraciones particulares, e confidencias íntimas que, como comprobacion de la historia, hay que aceptar cuando se trate de esclarecer un hecho, cualquiera que sea la época á que se refiera, si se desea presentarla de una manera indudable para todos.

En la historia de María Stuart, más quizá que en ninguna otra, hay necesidad de recurrir á esas pruebas, verdaderas piezas de convicciones, hablando en lenguaje jurídico. Afortunadamente para nosotros, el principal trabajo de investigacion, rebusco y clasificacion, ha sido hecho ya años hace por eruditos escritores, entre ellos el príncipe de Labanoff, que ha publicado íntegra su correspondencia, espurgándola de todas aquellas partes in-

dudablemente apócrifas, después de probar con sólidos argumentos la inculpabilidad de la infortunada reina, acusada de crímenes imaginarios por sus implacables enemigos los protestantes.

Al ofrecer nosotros continuar á nuestro trabajo la publicación de algunos documentos importantes poco conocidos ó ignorados por la generalidad, no nos propusimos copiarlos todos á la letra, ni por su extensión, fuera posible, pues requieren una obra especial como la dada á luz por Labanoff. Daremos unos íntegros, como su testamento y codicilo, la sentencia de su muerte, etc. Extractaremos otros, y finalmente, pondremos los fragmentos de los que creamos más apropósito de ser conocidos por nuestros lectores, y con esto damos por terminada nuestra obra.

Hemos dicho que María Stuart era una princesa muy ilustrada, un verdadero sabio con faldas. Educada en la corte de los Valois, donde reinaba la exquisita cultura de espíritu, tan poco común en el siglo XVI, reunía conocimientos que la colocaban á la altura de los hombres más eminentes de su época. En poesía rivalizaba con los célebres Ronsard y Bellay, componiendo versos llenos de ternura que cantaba acompañándose con el laúd. Sabía historia y otras ciencias, hablaba varias lenguas vivas, especialmente el latín con toda su pureza, en cuyo idioma compuso y pronunció un discurso á los 13 años ante el rey, la reina y toda la corte en el salón del Louvre. Acerca de esto, el cardenal de Lorena escribía á su madre, regente entonces de Escocia: «Vuestra hija ha crecido tanto y crece todos los días en grandeza, bondad, hermosura, sabiduría y virtudes, que es la más perfecta y acabada de todas las cosas honestas y virtuosas que es posible: no se ve actualmente nada que se le asemeje en este reino, ni en las damas nobles, ni en ninguna otra clase de la sociedad; por lo cual creo un deber mío decirlo, señora, que el rey está tan complacido en ello, que muchas veces se pasan horas enteras platicando con María, y admirando su excelente y discreta conversacion, propia, más que de una niña, de una mujer de 25 años. Puedo aseguraros, señora, que nada hay más bello ni discreto que la reina vuestra hija, la cual gobierna al rey y á la reina.»

María sostuvo correspondencia durante su prision en Escocia y después en Inglaterra, con los Guisas, sus parientes, con Felipe II, con Morgan, Paget y el embajador Mendoza, y con el papa Sixto V. La última carta que dirigió á este Pontífice, después de pedirle su bendición y absolución, pues la condenaban á morir privada de su capellan, le recomendaba los intereses espirituales de su hijo, concediéndole toda su autoridad sobre él y rogándole le sirviese de padre y le convirtiese á la fé de sus antepasados. Encargábasele procurase el enlace de su hijo con alguna princesa de la familia Católica de España ó de la casa de Guisa, sus próximos parientes. «Hé ahí el pesar de mi corazón, decía, y el fin de mis deseos mundanos; yo los ofrezco á los pies de Vuestra Santidad, que humildísimamente beso.» Y concluía diciendo: «Estoy contenta con derramar mi sangre á petición de mis enemigos de la Iglesia.»

En sus cartas de despedida al embajador Mendoza, dándole el último adiós, le manifestaba su agradecimiento por el afectuoso interés que había mostrado siempre por ella. «Recibid, le decía, en memoria mía, un diamante que estimaba por haber pertenecido al difunto duque de Norfolk, que me lo entregó en prenda de su fé, y que siempre he llevado conmigo; conservadle como una prueba de mi agradecimiento y afecto.»

Á la reina Isabel, como despedida, le escribió la siguiente carta:

«Señora: doy gracias á Dios de todo corazón, porque se ha servido poner fin, por medio de vuestros decretos, á la molesta peregrinación de mi vida. No pido que esta se prolongue, puesto que harto tiempo he experimentado sus amarguras: únicamente suplico á V. M., que ya que no debo esperar ningún favor de algunos ministros celosos que ocupan los primeros puestos en el Estado de Inglaterra, pueda mereceros solo á vos, y no á otros, los beneficios que siguen:

«Primeramente os pido que, no pudiendo yo esperar una sepultura en Inglaterra, según las ceremonias católicas practicadas por los antiguos reyes, vuestros antecesores y los míos, y habiéndose en Escocia profanado las cenizas de mis abuelos, cuando mis enemigos se hayan saciado con mi sangre inocente, se permita que mis criados trasladen mi cadáver á cualquier lugar santo para ser allí enterrado, y sobre todo en Francia, donde reposan los huesos de mi muy honrada madre, para que este pobre cuerpo, que nunca ha tenido descanso mientras ha estado unido á mi alma, lo pueda encontrar por fin al separarse de ella.

«En segundo lugar, suplico á V. M., por el temor que

me inspira la crueldad de aquellos en cuyas manos me habeis abandonado, que no me ejecuten en ningún lugar oculto, sino á vista de mis domésticos y otras personas que puedan dar testimonio de mi fé y obediencia á la verdadera Iglesia, y defender los restos de mi vida y mis últimos suspiros contra los falsos rumores que mis adversarios podrían propalar.

«En tercer lugar, pido que mis criados, que me han servido en medio de tantos trabajos con tanta fidelidad, puedan retirarse libremente donde gusten y gozar las escasas comodidades que mi pobreza les ha legado en mi testamento.

«Os suplico, señora, por la sangre de Jesucristo, por nuestro parentesco, por la memoria de Enrique VII, nuestro padre común, y por el título de reina que llevo hasta la muerte, que no me rehuséis beneficios tan razonables y que me los asegureis con una palabra de vuestra mano; así morirá como ha vivido vuestra apasionada hermana y prisionera.

María, reina de Escocia.»

Este escrito, postrimer suspiro de la víctima, no obtuvo del verdugo ni la contestación que la fría política aconsejaba. Y cómo había de ser eso cuando Isabel había tenido el valor de publicar la siguiente sentencia:

«Isabel, por la gracia de Dios, reina de Inglaterra, de Francia é Irlanda, etc., á nuestros amados y leales primos, Jorge, conde de Schwesburg, gran mariscal de Inglaterra; Enrique, conde de Kent; Enrique, conde de Derby; Jorge, conde de Cumberland, y Enrique, conde de Pembroke, salud:

«Vista la sentencia dictada por vos, y otros de vuestro consejo, nobleza y jueces, contra la en otro tiempo reina de Escocia, que lleva el nombre de María, hija y heredera de Jacobo V, rey de Escocia, llamada comúnmente reina de Escocia y viuda de Francia, cuya sentencia, después de una madura deliberación han declarado y ratificado por justa y razonable los Estados de nuestro reino, reunidos en vuestro último parlamento: vista igualmente la reiterada súplica y petición de mis súbditos, para que procediésemos á la publicación de aquella y á ejecutarla en su persona, por conceptuarse debidamente merecida, añadiendo además que su detención produciría diariamente un riesgo seguro y evidente, no solo para vuestra vida, sino también á ellos mismos, á su posteridad y al estado público de este reino, tanto para el Evangelio y la verdadera religión de Cristo, como para la paz y tranquilidad del Estado: aunque hasta ahora hemos suspendido concesión para su ejecución, no obstante, para completa satisfacción de las peticiones dirigidas por los Estados de nuestro parlamento, en las que nuestros amados súbditos, tanto de la nobleza como de las demás condiciones, nos manifiestan con la humildad y afecto el interés que se toman por nuestra vida, y por consiguiente los temores que abrigan acerca de la ruina del presente divino y venturoso estado del reino, si no llevamos adelante la final ejecución: y aunque estas generales y reiteradas instancias, súplicas, dictámenes y consejos, sean enteramente opuestas á nuestra natural inclinación: con todo, convencida del peso y la urgencia de sus continuas representaciones, que tienen por objeto la seguridad de nuestra persona, y la del estado público y particular de nuestro reino, hemos por fin consentido en que se haga justicia, y para la ejecución de aquella, atendida la singular confianza que tenemos en vuestra fidelidad y lealtad, y el afecto é interés con que os dedicáis á la salvaguardia de nuestra persona y de nuestra patria, de la que sois sus más nobles y principales miembros, los mandamos, y para descargo de aquella os intimamos, que vista la presente, os trasladéis al castillo de Fotheringay, en donde se encuentra la que en otro tiempo fué reina de Escocia, bajo la custodia de nuestro amigo y fiel consejero el señor Amyas Paulett, y allí, en desempeño de vuestro encargo, mandéis que sea hecha la ejecución en su persona á vuestra presencia y la de sir Amyas Paulett y de los demás oficiales de justicia que mandareis asistir; esperando que llevareis á efecto la referida en el modo y forma que mejor pareciere á vuestra discreción: sin que las leyes, estatutos y reglamentos contrarios á la presente, os sirvan de obstáculo, pues para eso os la expedimos sellada con nuestro gran sello de Inglaterra, que os servirá á vosotros, á los que se hallen presentes, ó hagan por vuestro mandato alguna cosa perteneciente á la ejecución susodicha, de pleno y suficiente descargo para siempre jamás. «Fecha y dada en nuestro palacio de Greenwich el día 1.º de Febrero (10 de Febrero según el moderno estilo), el año veintinueve de nuestro reinado.»

Isabel.»

Este documento pone en relieve de una manera evidente la hipocresía de la reina de Inglaterra. Los lecto-

res podrán compararlo, en cuanto cabe, con el testamento de María, concebido en los siguientes términos:

«En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: Yo María por la gracia de Dios, reina de Escocia y reina viuda de Francia, hallándome próxima á morir y no teniendo medio de hacer mi testamento, pongo estos artículos por escrito, los cuales entiendo tendrán, y quiero que tengan la misma fuerza, que si estuviesen en toda forma.

«Protestando morir en la fé católica, apostólica y romana, quiero: Primero, que se celebre un oficio completo por mi alma en la iglesia de San Dionisio de Francia, y otro en la de San Pedro de Reims, á los que asistirán mis criados en la manera que ordenen los abajo nombrados, á quienes doy el encargo.

«Además, que se funde un aniversario perpétuamente para rogar por mi alma, en el lugar y manera que parezcan más cómodos.

«Para lo cual, quiero que sean vendidas mis casas de Fontainebleau, esperando que el rey me ayudará, como al efecto le requiero.

«Dejo á mi primo el duque de Guisa mi posesión de Trespagny, para una de sus hijas si llega á casarse. Cedo la mitad de los atrasos que se me adeudan, con condición de que me sea pagada la otra parte, para que mis ejecutores testamentarios la empleen en limosnas perpétuas.

«Quiero que del dinero que resulte líquido se haga la distribución siguiente:

«En primer lugar, la parte necesaria para el pago de mis deudas y disposiciones arriba mencionadas, si ya no estuviesen satisfechas. Los dos mil escudos de Courle, quiero que sean pagados sin contradicción alguna, como que son en favor de matrimonio, sin que Nau ni ningún otro puedan pedir nada, aunque tenga obligación, pues es fingida, porque el dinero era mío y no prestado; no hice más que enseñarle, guardándole después, y luego me lo quitaron con todo lo demás. Se lo doy á Charletoy si le puede recobrar, como ha sido prometido, en pago de los cuatro mil francos ofrecidos por mi muerte, y mil para casar á una hermana suya, habiéndome pedido el resto por sus gastos en la prision. El señalamiento de igual suma á Nau no es de obligación; y por eso ha sido siempre mi intención de que fuese pagada la última, aún en el caso de que expusiese y probase que no había hecho nada contra la condición con que se la había dado, aunque se valga para ello del testimonio de mis criados.

«En cuanto á los mil doscientos escudos que me ha hecho reconocer como prestados por Beauregard, para mi servicio seiscientos escudos; trescientos de Gervis, y el resto no se de dónde, debe pagarlos de su dinero, pues, yo estoy solvente, por que nada he recibido, y los tendrá en sus arcas si no los ha pagado ya. Sea como quiera, es necesario se me abone esta partida por que no he recibido nada, y si estuviese pagada lo ha sido con mis bienes. Quiero además, que Pasquier dé cuenta del dinero que ha gastado y recibido por orden de Nau y por mano de los criados de Mr. de Chateaufort, embajador de Francia.

«Además, quiero sean revisadas mis cuentas y pagado mi tesoro: que los salarios de todos mis criados, tanto del año pasado como del presente, sean religiosamente satisfechos con preferencia á todo, excepto las pensiones de Nau y de Courle, hasta que se sepan las pensiones que deben recibir, á no ser que la mujer de Courle se encuentre en necesidad, ó él inutilizado por mí; lo mismo debe entenderse con respecto á Nau.

«Quiero que los dos mil cuatrocientos francos que he dado á Juana Kennedy, le sean pagados en dinero: la pensión de Volly Douglas se la doy á Fontenag por sus servicios y gastos no recompensados.

«Quiero que los cuatro mil escudos de ese banquero sean reclamados y pagados: he olvidado su nombre, pero el obispo de Glasgow se acordará de él; y si la primera asignación llegase á faltar, quiero que se le dé otra con los primeros dineros de que se pueda disponer.

«Los diez mil francos que el embajador había recibido para mí, quiero que se repartan entre mis criados del modo siguiente:

«Dos mil francos á mi médico.

«Dos mil á Isabel Courle.

«Dos mil á Sebastian Paiges.

«Dos mil á María Paiges, mi ahijada.

«A Beauregard, mil francos.

«Mil á Gorjon.

«Mil á Gervais.

«Del dinero de mi renta y de cualquiera otras cantidades que me puedan pertenecer, quiero que se entreguen cinco mil francos á la casa de misericordia de Reims.

«A mis discípulos, dos mil francos.

«A los cuatro medicantes, la suma que parezca conveniente á mis ejecutores, según los fondos de que puedan disponer.

«A los hospitales, quinientos francos.
 «Al ayudante de cocina Martin, le doy mil francos.
 «Mil francos á Anibal, y le recomiendo á mi primo el duque de Guisa, su padrino, para que le dé algun destino en su servicio por toda su vida.
 «Dejo quinientos francos á Nicolás, y otros quinientos á sus hijas cuando se casen.
 «Dejo quinientos francos á Robin Hamilton, y ruego á mi hijo, á Mr. de Glasgow ó al obispo de Ross, le tomen á su servicio.
 «Dejo á Diderio su escribanía con el beneplácito del rey.
 «Doy quinientos francos á Juan Lauder, y ruego á mi primo el duque de Guisa, ó al de Maine, le tomen á su servicio, y á Mrs. de Glasgow y de Ross, que tengan cuidado de su colocacion. Quiero que á su padre se le den sus salarios, y le dejo quinientos francos.
 «Quiero que se paguen mil francos á Gorjon, por dinero y otras cosas que me ha suministrado en mis necesidades.
 «Quiero que si Burgoin cumple el voto que por mí ha hecho de un viaje á San Nicolás, se le entreguen al efecto mil y quinientos francos.
 «Dejo, con arreglo á los pocos medios de que puedo disponer, seis mil francos al obispo de Glasgow, y tres mil al de Ross.
 «Hago donacion de mis eventualidades y derechos señoriales que puedan descubrirse, á mi ahijado, hijo de monsieur Ruysseau.
 «Doy trescientos francos á Laurenz.
 «Otros trescientos francos á Susana.
 «Dejo diez mil francos á los cuatro que salieron por fiadores míos con el agente ó procurador Parney.
 «Quiero que el producto de los muebles que he mandado vender en Londres, se invierta en costear el viaje de mis criados á Francia.
 «Dejo mi coche para que sean conducidas mis doncellas, y los caballos para que los vendan ó hagan de ellos lo que sea más conveniente.
 «A Burgoin se le deben de los años pasados más de cien escudos, y quiero que se le paguen.
 «Dejo dos mil francos á mi mayordomo Melvil.
 «Nombro por principal ejecutor de mi voluntad, á mi primo el duque de Guisa.
 «Después de él, al arzobispo de Glasgow, al obispo de Ross y á Mr. de Buysseau, su canceller.
 «Recomiendo á María Paiges, mi ahijada, á mi prima Mad. de Guisa, y le suplico la admita en su servicio; y á mi tía de Saint-Pierre, que coloque á Mawbray en algun puesto bueno, ó la conserve en su servicio para honra de Dios.
 Hecho hoy 7 de Febrero de 1587.

Firmado.
 María, reina.

Posteriormente á la redaccion de este testamento, extendió María el siguiente codicilo:

MEMORIA

Ó ULTIMA PETICION QUE HAGO AL REY.

«Que me mande pagar todo lo que me debe por mis pensiones, cuanto por dinero anticipado en Escocia por la difunta reina, mi madre, para servicio del rey, mi padre político: por lo ménos para fundar un aniversario perpétuo por mi alma, y para que se cumplan las limosnas y demás por mí prometido.
 «Ademas, que se digné dejarme después de mi muerte una anualidad de mi viudedad para recompensar á mis criados.
 «Además, que los deje sus sueldos y pensiones si le place, durante su vida, como se hizo con los de la reina Alienar.
 «Además, le suplico que admita á mi médico en su servicio, como lo ha prometido, y que le tenga por recomendado.

«Además, que mi capellan sea repuesto en su antiguo estado, y en mi obsequio, agraciado con algun beneficio, para que ruegue por mí á Dios el resto de su vida.

«Además, que Didiero, antiguo servidor mio, á quien he dado una escribanía en recompensa, la disfrute el resto de su vida, que no puede ser muy larga por su avanzada edad.

Fecha la mañana de mi muerte, miércoles 8 de Febrero de 1587.

Firmado.
 María, reina.

Los dos documentos que hemos copiado á la letra, porque nos parece conveniente los conozcan íntegros nuestros lectores y las cartas á su capellan y confesor, preso en el mismo castillo, al duque de Guisa y al rey Enrique III, su cuñado, fueron los últimos escritos autógrafos de María Stuart. En la carta á su capellan, le pedía su absolucion y sus oraciones, ya que la condenaban á morir sin confesion. Al rey de Francia le escribe una sen-

comedia de la tontería humana. Nosotros pensamos que en medio del contagio de mal gusto que nos ha invadido y enervado casi por completo, un hombre valeroso debe hacer algo más que cruzarse de brazos.

El sonreír no es luchar.

Entre los pocos que aún combaten con ánimo esforzado, sin abandonar la brecha, sin temor al número de los enemigos, ni de los compañeros que yacen en el campo, ni de los perezosos que dificultan el camino con sus impotentes gritos y quejas, cuando sola su presencia bastaría para imponer y atemorizar á esa ignorante turba multa de necios que pululan de algunos años á esta parte en nuestra patria, que ya en los tiempos salomónicos eran infinitos en número, segun confesion propia, debemos contar al Sr. Guerrero, escritor distinguidísimo, que con su propaganda y buen sentido está haciendo un gran bien á nuestra literatura contemporánea con la publicacion de sus obras, en las que resalta en primer término la más sana y recomendable doctrina.

Es moneda corriente, y hasta nos atreveremos á afirmar de curso forzoso, el axioma de que ha muerto en nuestra desgraciada época la poesía. Este error, que, como dice el escritor francés Mery, durará lo que duran los errores, una eternidad, no ha arredrado al citado novelista para entablar una polémica en verso con el no ménos distinguido poeta Sr. Sepúlveda, sobre el matrimonio.

Como comprenderán fácilmente nuestros lectores, esta cuestion por demás compleja, defendida por el Sr. Guerrero é impugnada por el Sr. Sepúlveda, en galanos y bellísimos versos y agudos conceptos, no podia ménos de presentar en su desarrollo ancho campo para la imaginacion de los dos contendientes: y en efecto, así ha sucedido.

Muchas y variadas son las razones manifestadas por el primero en favor del matrimonio; pero tambien debemos confesar á fuer de imparciales, que no son ménos contundentes las aducidas por el Sr. Sepúlveda. Sin embargo, aunque envueltas y veladas por todo extremo, hemos creído entrever en el último, ciertos conceptos y reticencias, que ó mucho nos engañamos, ó al fin

han de modificar andando el tiempo, la opinion defendida con tanto entusiasmo por el Sr. Sepúlveda, si ya no es como dice Ciceron: que todo buen orador es preciso que sepa probar en todas las circunstancias el pro y el contra, *in omnia causâ duas contrarias orationes explicari*, y justamente lo que se necesita en un siglo en que se han descubierto dos clases de conciencias, la del corazon y la del estómago.

En efecto, el Sr. Sepúlveda no podrá ménos de confesar que el amor, como el arte, es desconocido hoy día. Ignórase su origen, no se cree en su duracion, y en los libros como en el mundo, gusta variar los atributos de tal modo, que seria muy curioso enumerar todos los comercios que usurpan su nombre, sin tener ninguno semejanza con él. ¿Qué tiene de comun el amor con esos lazos de la juventud, sinceros, pero ciegos, que traen en pos de sí un pronto desengaño, y muchas veces un arrepentimiento tardío? Mucho ménos aún, no tiene tampoco nada que ver con esas superficiales amistades de la edad madura, que no tienen otra satisfaccion que la del amor propio ó de los sentidos, y que como ellas se han formado en algunos días, para disiparse algunos meses después, sin dejar señales. Y es que amar, no es solo experimentar esa ardiente necesidad de expansion, esa exuberancia de sávia, esa infinidad de vagos deseos que fermentan en nuestro corazon de adolescente que le estravian, y le hacen decir: *yo os amo*, á esta y á la de más allá, al viento que pasa, y hasta á la vieja dueña. Estos impulsos apasionados no son el amor, pues se dirigen á todas las cosas sin discernimiento y sin eleccion, y no duran más que una Primavera.

Amar, no es tampoco deslumbrarse por una belleza que no se ha hecho más que entrever, y sentirse violenta-



FRANCIA. — PUENTE DE TROUSEAN.

tida carta, haciéndole una ligera relacion de sus sufrimientos, y prometiéndose ha de alcanzar de su bondad cuanto le pide. Esta carta fué escrita el mismo día de su muerte á las dos de la madrugada. En 4 de Diciembre del año anterior escribió al mismo otra muy afectuosa, en la que, presintiendo su próximo fin, recomienda sus fieles servidores á la munificencia de su cuñado.

En resumen, todos los escritos de María Stuart paten-tizan de una manera indudable la grandeza de alma de una reina digna por muchos conceptos de un fin ménos triste. En su correspondencia familiar, lo mismo que en sus documentos oficiales, brilla la lucidez de un espíritu recto y generoso, y se adivina la afectuosidad de un carácter sencillo.

Como póstumo recuerdo del sangriento drama de Fotheringay, la biblioteca del Louvre conserva el libro de oraciones que María tenia en la mano en el momento en que el hacha del verdugo cayó sobre su cuello. Dos certificados expedidos en 1724 por los señores Ponget y Bigmon, acreditan su autenticidad. Esta es la única reliquia en que se condensan de una manera triste, pero elocuente, las desventuras de una reina, los sufrimientos de la mujer y el fin de la mártir.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

BIBLIOGRAFIA.

EL MATRIMONIO.

PLEITO EN VERSO
 entre

T. GUERRERO Y R. SEPÚLVEDA.

Existen hoy una categoría de escritores, que tienen por beatífica norma asistir con el desden más absoluto, á la

Ayuntamiento de Madrid



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

mente atraído hacia este objeto apenas conocido, y que se adorna con perfecciones imaginarias. Pues en este caso obra solo la cabeza, y si está en la naturaleza de este sentimiento aumentarse cuando encuentra obstáculos, á crecer en la lucha, también está en su naturaleza el no sobrevivir á su victoria, de sepultarse en su triunfo.

Amar es entregarse sin reserva á un ser cuya alma os ha entregado todos sus secretos, y que cada día, á medida que se descubre á nuestros ojos, os liga con un lazo más, hasta que se manifiesta en toda su verdad, atrayéndonos insensiblemente. Desde entonces, el mundo, las cosas que nos rodean, nuestra existencia en una palabra, es la de otro, se toma una faz nueva, todo se anima en derredor nuestro, se comprende que la hora más decisiva de nuestra vida acaba de sonar; el ser por tan largo tiempo buscado se ha encontrado al fin, y con un entusiasmo sério, que nos identifica con sus esperanzas, temores y alegrías, sentimos que no podemos vivir sino por él y para él.

Comprendemos que pocos corazones son hoy capaces de este sacrificio inteligente y sin reserva, que priva todas las demás afecciones terrestres, y eleva al hombre á una tan grande altura, hasta perder su miseria y su nada, y que toca casi al infinito; pero esto no quiere decir tampoco que no exista. Busque con fé el Sr. Sepúlveda, y estamos seguros que lo encontrará. *Querer*, ha dicho una escritora de nuestros días, Angela Grassi, en una de sus más felices producciones: *Querer es poder*.

Ingenuamente confesamos, que nos ha agradado en extremo la sabrosa lectura de *El Matrimonio*, precioso tomo que forma parte de la colección, que con gran contentamiento de todos los que se interesan por las letras pátrias y la buena causa, están publicando de algun tiempo á esta parte los Sres. T. Guerrero y C. Frontaura, bajo el título de *Cuentos de Salon*.

Para que nada se eche de ménos, á fin de hacer recomendable el asunto de este volumen, que reviste la forma de un *pleito*, entienden en él como jueces y letrados los señores Arnao, Hurtado, Trueba, Frontaura, Hartzenbusch, Serra y Aguilera, los que amenizan sus páginas con el talento y el *savoir faire*, que á tanta altura los ha colocado en la república literaria.

Y todo esto en verso, sí, señores; pero en versos que entrañan gracia, discreción, galanura y pensamientos bellísimos, y á mayor abundamiento una delicadeza en la impugnación del asunto por el Sr. Sepúlveda recomendabilísima, razón por la cual, empezada su lectura no se abandona hasta después de vuelta su última página.

Se salvará del naufragio que nos agobia? ¡Hoy todo se olvida! El día de ayer no existe mañana. ¡Del placer de la víspera quién se acuerda ni aun de su nombre? ¡Y cómo quejarse! Este amor al olvido se pone en la actualidad en práctica para los poetas y los reyes, frentes coronadas de hojas de oro ó de laurel. Preguntad al más gastado dandy que se pasea por la acera del café Suizo con

los bigotes teñidos y sus humos de hombre sin ilusiones, preguntadle en dónde está Rioja, en qué rincón del mundo plegó sus alas este genio grandioso de la poesía. Todo pasa, así no nos admiremos; *sic volvere fata*. Este es nuestro destino hasta que se abisma en el golfo de la historia: ¿quién se acuerda hoy de Thalestris, la que

El pueblo poeta, el que había extendido sus dominios á Egipto, á Siria, á España, el que tenía en sus manos la suerte de la mitad del mundo conocido, hoy vegeta en medio de sus desiertos, sin conservar apenas restos de su pasada grandeza.

Hablamos del pueblo árabe.

La Arabia, que forma una grande península, cuya configuración presenta un cuadrado largo é irregular, circuido del mar por tres costados, y separado del resto del antiguo continente por inmensos desiertos, tiene mucha analogía con el Africa por su clima, sus vastas llanuras de arena y sus producciones.

Algunos ramales del Monte Líbano atraviesan los desiertos de la parte N. O., y tiene además altísimos montes, tales como el célebre monte Thor, el Sinaí y el Horeb. Las costas están erizadas de enormes bancos de coral, y las más de ellas rematan en extensas rocas escarpadas, al paso que en otras partes son tan bajas, que el mar en su flujo penetra fácilmente en lo interior del país. Estas costas, que forman algunas bahías ó golfos, están guarnecidas de muchas islas, aunque de poca importancia, en el golfo arábigo y en el Océano indio.

No hay en el globo ningún país que, á pesar de sus montañas, se halle más falto de agua que la Arabia, pues además de carecer de ríos importantes, no tiene ningún declive.

Sus pequeños ríos quedan en seco después de la estación de las lluvias, y no se encuentra un solo lago en aquellas vastas soledades. Algunos manantiales, algunos pozos de agua salada, son los únicos que fertilizan aquel ingrato suelo. Así, pues, parte de las colinas del interior y de las costas no son más que grandes montones de arena acumulados por el viento, que la primera tempestad dispersa para formar otros nuevos. Las orillas del mar consisten generalmente en greda amalgamada con arena, lo que constituye un terreno muy fecundo cuando se halla regado por una benéfica lluvia.

El Invierno es muy riguroso, y la extensa meseta que comprende el centro de la Península, aparece cubierta de nieve, mientras que en verano se halla abrasada por los rayos verticales del sol. A veces se pasan muchos años sin que llueva, y de esto se origina la falta de dátiles, que en este país suplen la del pan; y

las frecuentes carestías que tantas veces han causado las irrupciones de los árabes que inundaron el Oriente y el Occidente. Durante la sequía, el calor sería insostenible, si no lo templase una brisa constante.

A pesar de la ingratitud de su suelo, el árabe es fuerte y bien formado, de tez morena, y ojos, cabello y barba negros como el azabache; la fisonomía de sus mujeres, llena de expresión, viveza y gracia, subyuga y enamora. Tienen un ingenio penetrante aun cuando no se halle cultivado, y su acento dulce, melancólico y armonioso llega al alma.

El árabe es fogoso y apasionado, se irrita fácilmente, pero fácilmente se apacigua, y su carácter, franco y ge-



INTERIOR DE UNA MEZQUITA.



TIENDA ÁRABE.

rida de Alejandro el Grande, que quiso casarse con él?
VICENTE CUENCA.

COSTUMBRES ÁRABES.

Como el incesante flujo y reflujo de las olas del mar, es la vida individual y la vida de los pueblos. Bien hicieron los antiguos en simbolizar á la fortuna dando vueltas á su incansable rueda, pues asombra la mente y los ojos la vertiginosa rapidez con que vemos realizarse en torno nuestro los cambios más sorprendentes é imprevistos.

Ayuntamiento de Madrid

neroso, se concilia muy pronto las generales simpatías.

(Se continuará.)

ANGELA GRASSI.



EN UN ALBUM.

SUEÑO Y REALIDAD.

Gorjeaban los dulces ruiseñores
Entre el follaje de floresta umbría,
La alegre aurora que despierta al día
Me mostraba risueña sus colores,
En la corola de pintadas flores
rocío en mil perlas se veía,
Y el áura juguetona recogía
Juntos con mis suspiros sus olores.
Era *sueño* no más tanta belleza!
Y al despertar sentí, María hermosa,
Que solo era *verdad* mi honda tristeza.
Y pues tal es la vida que azarosa
Lleva el mortal desde que vivir empieza,
Sea en tí la verdad el ser dichosa.

Junio 27, 1873.

GERARDO COUDEE.

A GRANADA.

Granada! bella Granada,
Ciudad de las torres árabes,
De nieves ciñes corona
Y tienes para adornarte
Régio manto en la ancha vega
De flores y de ramages,
Recamado por el oro
Que en aguas del Darro nace.
Posees en esa Alhambra
Un trono donde sentarte,
Y las razas de la tierra
Hasta tí miras llegarse,
Que por reina te saludan
De la ciencia y de las artes,
Mientras te sirve de espejo
El Genil que á tus piés yace.

Granada, bella Granada,
Joya de España envidiable,
No es posible que te olvide
Aun que esté de tí distante,
Que á la ciudad de los Condes
Me traje tu bella imagen
Envuelta en los mil perfumes
De tus aromosos cármes.
Cuando la tarde declina
Y corre el sol á ocultarse
Tras los montes de Occidente
Que se cubren de celajes,
Siempre te envío un suspiro
Tierno, amoroso, suave,
Que al despedirlo mis lábios
Del fondo del alma sale.

Y recuerdo aquellas noches
En que olvidé mis pesares
En las orillas del Darro,
Viendo á la luna elevarse
Y bañar con su luz pura
Tus torres monumentales,
Que el sello son de grandeza
Que te legaron los árabes.
Con el alma me trasporto
A los umbrosos lugares
Que visité conmovida
Y recorría anhelante,
Y contemplo en esa Alhambra
Que á ensalzar no llega nadie,
Los nidos de ruiseñores
Colgando de los rosales.
¡Ay, Granada de mi vida!
Cómo puedo yo olvidarte

Si en tí hallé la inspiracion
Que el dolor llegó á robarme,
En esas infaustas horas,
Que al resvalar inmutables,
Pasan sobre el corazon
Amargo llanto dejándole!

En mí existe tu recuerdo,
Recuerdo vivo, imborrable,
Pues con un buril de fuego
En mi mente te grabaste,
Y hasta en sueños me apareces
Hermosa, gentil, radiante,
Dándole con nueva vida
Nuevo calor á mi sangre.

Arrullada por las olas
Que se acercan sin tocarme,
Vistiendo de blanca espuma
Las rocas al alejarse,
Pronuncio tu grato nombre
Con el pecho palpitante,
Y un eco me traen siempre
Los céfiros de la tarde.

Jamás pienses que te olvide
Aun que mucho tiempo pase,
Que es el olvido de ingratos
Y en mi corazon no cabe;
Piensa que cuando la noche
Su manto al mundo reparte
Para que oculte el que sufre
Entre sombras sus pesares,
Ruego á Dios que te prodigue
Todas las felicidades,
Y que en todo grande seas,
Como en belleza eres grande.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

Barcelona, Setiembre de 1868.



LUCHA DEL CORAZON.

POR

SOFÍA TARTILAN.

I.

Lo que os voy á referir, lectores míos, no es una novela ni un cuento; conozco á los personajes que van á figurar en mi relato, y hasta yo misma he tomado parte en este pequeño drama.

En el invierno de 185..., lo delicado de mi salud me obligó á salir de la corte para buscar bajo el templado cielo de Andalucía un lenitivo á mis dolencias, por cuya razon fijé mi residencia por algunos meses en la poética y nunca bastante alabada Sevilla.

Pronto las benéficas brisas de aquel dilatado oasis, impregnadas con el balsámico aliento de las flores que bordan las amenas riberas del Guadalquivir, devolvieron á mi fatigado espíritu la tranquilidad, y á mi sangre la sávia que parecía faltarla. Respirando aquellas áuras vivificadoras, se dilató mi pecho oprimido, recobrando todo mi ser la lozanía perdida.

La juventud, que entraba por mucho en mi curacion, recobró sus perdidos derechos, y pronto volví á mis ocupaciones y recreos favoritos.

Era una de mis más gratas distracciones pasear á caballo por las dilatadas llanuras que riega el Bétis con sus azuladas ondas. No me cansaba nunca de admirar aquellos amenos sitios en donde la naturaleza ha vertido con tan pródiga generosidad todas sus ricas galas.

Aquel campo, alfombrado de menudo césped, de cuyo fondo oscuro se destacan los brillantes colores de la roja verbena; la blanca raquel, la dorada caléndula y la morada violeta, tenía para mí un encanto irresistible; y despues de haber corrido al galope de mi alazan una larga distancia, admirando todas aquellas bellezas que en la velocidad de la carrera parecían cuadros vistos á través de una linterna mágica, concluía por sentirme fatigada, pero feliz. Y lo era aun mucho más sentándome bajo la verde y perfumada sombra de uno de los muchos bosquecillos de mirtos y laureles que siembran aquel decantado Eden, entregada al reposo de la meditacion ó á la lectura de mis autores favoritos.

Las vigorosas odas del inmortal Quintana, los magníficos versos de Byron, el inimitable poema de Goethe, y los melancólicos y dulces idilios de Arolas, tomaban bajo aquel transparente cielo entonaciones tan sublimes é imágenes tan grandiosas, como pudieran soñarlas para sus cantos los más grandes poetas de la antigua Grecia. Yo misma, pobre aspirante á los célicos favores de las hijas de Apolo, me creía en aquellos momentos capaz de escalar con segura planta las escarpadas cumbres del Parnaso, para cobijarme por un momento bajo el dorado techo del templo de la gloria.

Si el día hubiera sido de seis meses, como lo es en la Groelandia, no sé cuanto tiempo hubiese permanecido en aquellos sitios. Pero llegaba la noche con su manto de estrellas y su plateada luna, y por más que su encanto no fuera inferior al de los dorados rayos del sol, las emanaciones de las plantas y las húmedas evaporaciones de las cristalinas linfas del rio eran nocivas á mi delicada constitucion, y se hacia necesaria la vuelta á la ciudad.

Nunca el anciano mayordomo que me acompañaba recordaba la hora de abandonar el campo, sin que me hiciera mala impresion; y así como á la salida de Sevilla lo hacia por la puerta de San Telmo, que era la más próxima á mi casa, á la vuelta buscaba mil rodeos, entrando por uno de los arrabales más silenciosos y tristes, con objeto de percibir lo más tarde posible el ruido de la ciudad, que tan discordante sonaba á mis oídos, donde aún vibraban las armonías de la naturaleza.

II.

Sevilla, una de las ciudades más preciadas de España, que á sus gloriosos monumentos antiguos de grandiosa arquitectura, reúne hoy los modernos edificios de bella apariencia, las risueñas fuentejillas de adorno y los hermosos paseos, tiene sin embargo barrios en que, por el respetable abandono en que yacen, reconocieran una por una sus miserables viviendas los árabes que los habitaban en el siglo IX.

El arrabal del Conde se halla en este caso; y los alegres hijos del Bétis, que pertenecen al pueblo propiamente dicho, son poco aficionados á encerrarse en aquellos desmantelados edificios, prefiriendo el bullicioso barrio de Triana. Por esta razon las calles del arrabal arriba citado, solamente son habitadas por empleados pobres, viudas y personas de cierta clase, á quienes su mala suerte ha reducido á la miseria.

Tenía yo por costumbre volver de mis paseos por una calle titulada del *Gallo mudo*, sita en dicho arrabal, y varias veces habia llamado mi atencion una joven que, colocada junto á la pequeña ventana de una habitacion de planta baja, como lo son casi todas las de la misma calle, se ocupaba en hacer labor con tanta asiduidad, que rara vez levantaba los ojos de la almohadilla para mirar á los transeuntes.

Sin poder explicar la razon, me habia interesado vivamente la aplicada costurerita, así que me proponia verla mejor, tomando cuando salia á paseo aquel camino, porque hasta entonces, como yo volvía despues de puesto el sol, no me habia sido fácil apreciar los detalles de su persona. Estaban excitados á la vez en mí la curiosidad de mujer, y algo tambien el interés de la escritora, pues aunque pocos, habia yo dado á luz algunos trabajos literarios, y siendo la novela de costumbres el bello ideal á que aspiraba llegar, ponía todo mi conato en estudiarlas.

Salí, pues, una tarde con objeto de conseguir mi propósito, y encaminé mis pasos por la calle del *Gallo mudo*. Iba á pié, y sostenia con una amiga que me acompañaba, un diálogo animado, procurando llamar la atencion de mi laboriosa jóven: sin embargo, nada conseguí más que enterarme del pobre aspecto de la casa.

Era esta de un solo piso, y no debia tener más habitaciones que el zaguan y aquella en que trabajaba mi desconocida; porque aislada del resto de los edificios contiguos por dos solares á derecha é izquierda, en ella no se veían más aberturas que la puerta, consistente como todas sus compañeras en un arco sumamente rebajado, y la pequeña ventana cerca de la cual se hallaba la muchacha. La pared, aunque de arcilla y piedras sin labrar, era tan gruesa, que la ventana tenía el aspecto de la tronera de un fuerte, y en la meseta del alfeizar me sorprendió ver por primera vez una hermosa maceta con una planta de nieve; y en verdad que su verde y espeso follaje, no fué lo que menos contribuyó á impedirme satisfacer la curiosidad.

Nada pues pude ver aquel día, ni del rostro de la jóven, ni del interior de su vivienda; pero lejos de renunciar á mis deseos, continué pasando varios otros por la calle del *Gallo mudo* con la esperanza de ser más afortunada. En efecto, cuando las ramas de la pobre planta

marchita doblaron su tallo dejando penetrar mis indiscretas miradas hasta el fondo de aquella pobre mansion, pude apreciar los detalles de miseria y tristeza que en ella reinaban. Ni un solo mueble interrumpia la soledad de sus ángulos oscuros; ni un solo cuadro encubria la desnudez de sus negras paredes. Todo el mobiliario estaba reducido al taburete de madera tosca que ocupaba la joven y á la almohadilla en que trabajaba; y toda la riqueza de aquella solitaria morada, se hallaba representada por la bella maceta de brillante búcaro rojo que contenia la marchita planta.

En cuanto á la costurera, seguia con constante aplicacion su trabajo, sin abandonarle un segundo, ni levantar de él las miradas; así que todo lo que pude ver fué su cabeza y parte de su cuello.

Teniendo el semblante inclinado hacia la costura, no podia juzgar de la regularidad de sus facciones; pero habia en sus sedosos cabellos, de un rubio pálido y brillante, y en sus manos blancas con afilados dedos y rosadas uñas, algo que revelaba belleza y distincion. Sus hombros, que se dibujaban bajo la tosca tela de un sencillo vestido de lana negra, eran de una redondez perfecta; y por último, la graciosa curva que formaba el cuello, abrumado al parecer bajo la rica profusion de dorados rizos que la rodeaban, parecia indicar que estaba destinado á sostener una hermosa cabeza. Por lo poco que de ella veia, no me quedaba duda de que aquella mujer encerraba en su vida un doloroso misterio, y ya no fué curiosidad, sino simpatía la que me impulsaba á penetrarle.

Otro detalle que me confirmaba en mi idea, era aquella maceta, aquella planta de nieve, tan poco apropiado para ser cultivada en tiesto por su efímera duracion, y cuyo significado en el poético lenguaje de las flores es: *siento frío en el alma*. ¿Sería mera casualidad la presencia de su triste flor en aquella solitaria ventana? Pronto me convencí de lo contrario, puesto que al otro dia, cuando repetí mi paseo por delante de la casa, ví que la planta marchita habia sido reemplazada por otra lozana y fresca, pero de la misma especie.

Aun esperé algun tiempo, y pude observar que la joven continuaba su vida laboriosa y triste, lo mismo que la primera vez que yo habia reparado en ella, y que la planta de nieve era sustituida con otra igual al dia siguiente de haberse marchitado. Inútil sería referir ahora todos los ardides de que mi curiosidad femenil, exaltada además por la simpatía, se valió para penetrar el misterio que parecia envolver á la joven de que voy hablando.

Sin embargo, como nada adelantaba, iba ya á renunciar á mi propósito, cuando una mañana que, volviendo á mis acostumbrados paseos á caballo, habia tomado para salir al campo el camino que otras veces escogia para volver, pocos pasos antes de llegar á la ventana de la rubia costurera, tropezó mi caballo con una piedra saliente, y doblando las manos, faltó muy poco para que, como se dice vulgarmente, me hiciera *aprear por las orejas*, puesto que yendo yo distraida, el choque me sacó casi por completo de la silla, haciéndome dar un ligero grito.

III.

Ya mi mayordomo habia echado pié á tierra, y se disponia á recogerme las bridas, cuando oímos á nuestro lado una voz dulce que decia:

—¿Se ha lastimado V., señorita?

Era la joven, quien acercándose á nosotros, repitió su pregunta.

—Gracias por el interes, la dije sonriendo lo más cariñosamente que pude, con objeto de ganar su confianza; gracias, no ha sido nada: un pequeño susto que pronto se pasará.

Entonces el viejo Narciso, que así se llamaba mi mayordomo, dijo dirigiéndose á mí:

—Si esta joven nos diera un poco de agua, deberia V. tomarla, porque es muy fácil que el susto la ponga mala. O si no, volvamos á casa.

—De ningún modo me vuelvo, contesté yo; y en cuanto á lo demás, no quisiera molestar á esta señorita.

La joven parecia sumamente cortada, y al escuchar la palabra señorita se conmovió vivamente. Sin embargo, reponiéndose, me dijo:

—Si V. desea entrar en mi casa, daré á V. de beber.

—Yo ante todo, deseo no importunar á V., hija mia, la contesté; pero supuesto que V. es tan amable, descansaré un momento, pues á decir verdad, estoy algo agitada por el susto.

Yo no mentia más que á medias, porque si no estaba conmovida por el percance de mi caballo, lo estaba con la idea de que al fin podria quizás saber algo de aquello que tanto habia logrado interesarme. Tomé, pues, el brazo á Narciso, y no sin bajar la cabeza al salvar la ojiva, entramos en un oscuro y húmedo zaguán que

servia de antesala á la pieceta en que trabajaba la joven, y despues en la misma pieza. Entonces ella se apresuró á ofrecirme para que me sentase un antiguo sillón de brazos, cuyos dorados clavos y raída baqueta atestiguaban largos y constantes servicios.

El estar colocado este mueble en un ángulo, era causa de que yo nunca le hubiera visto; por lo demás, este y el lecho, que se adivinaba á través de una cortina de sarga verde, eran los únicos objetos que habia que añadir al inventario hecho por mí en el capítulo anterior.

Cuando me hube instalado en el asiento, la joven desapareció un instante detrás de las cortinas, y poco despues volvió, trayendo en la mano una vasija de arcilla blanca, de las que en el país se conocen con el nombre de *alcarrazas*, y una copa de cristal con el borde dorado, objeto bastante extraño, dada la pobreza de su casa. Presentóme las dos cosas con sencilla dignidad, y yo, rechazando la copa, bebí en la vasija de barro, lo cual debió causarla satisfaccion, porque inmediatamente se sentó en el taburete, y tomando su labor, me dijo con exquisita finura:

—Señora, si yo continuase de pié delante de V., la obligaria á que se marchase pronto; pero siguiendo mi labor la dejo en absoluta libertad, y además cumplo con mi deber, porque necesito concluir este bordado ántes que se marchiten mis pobres flores.

—Singular pretexto tiene V. para atarearse, amiga mia, la contesté sonriendo.

—Sí lo será, respondió dando un suspiro, pero solo por ellas trabajo, pues ántes consentiria que me faltase el pan que mi planta de nieve.

Sucedieron unos segundos de silencio, que yo aproveché para examinar á mi compañera.

Segun yo me habia figurado, era no precisamente hermosa, pero tenía en toda su persona un tinte de distincion, que no podia confundirse con el vulgo de las mujeres del pueblo. Su rostro, pálido y gastado por el sufrimiento, era de una regularidad perfecta, y sus ojos, azules como el cielo, si en vez del dolor hubiesen reflejado la felicidad, habrian parecido encantadores. Los labios, casi incoloros, se resistian á la sonrisa, y en todo aquel pobre sér parecia estereotipado el pesar. Un detalle habia pasado para mí desapercibido hasta entonces, y me sorprendió en extremo; aquella joven, que podia contar apenas veinte años, tenía entre sus magníficos cabellos rubios multitud de hilos de plata, señales inequívocas de una vejez anticipada por los sufrimientos.

Con objeto de entablar conversacion, inclinéme hacia el bordado para examinarlo, y ví que era una labor delicadísima, como pudieran hacerla los rosados dedos de una hada.

—Haceis un trabajo muy bello, señorita, la dije; y os aseguro que ni aun en la corte he visto nada tan hermoso. ¿Tendreis la bondad de decirme para qué está destinado?

—Sí, señora, me contestó; es el adorno de una alba pontifical para el señor arzobispo, regalo de la princesa que ocupa el palacio de San Telmo. Un antiguo amigo, el único de mi pobre padre, me lo ha proporcionado.

—Yo tendria sumo gusto, continué, en poseer alguna obra hecha por V., y si quisiera tomarse la molestia de venir á mi casa, cuyas señas la daré, en ella hallará V. dibujos y cuanto le hiciere falta.

—Dispénseme V., señora, me contestó sumamente contrariada, pero no salgo jamás del barrio en que vivo, y creo que en él acabaré mi existencia. Las personas que me ocupan traen sus encargos y lo mismo hacen para recogerlos: verdad es que no son muchos los que quieren molestarse por una pobre extravagante y orgullosa como yo.

Diciendo esto, se colorearon por un momento sus pálidas mejillas, mientras que las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

—No ha sido mi ánimo ofender á V., me apresuré á decirle. Respeto las razones que V. pueda tener para retraerse de tal modo. Yo misma traeré las labores, y esto me proporcionará de nuevo el placer de pasar algunos momentos con una joven tan amable.

Diciendo esto, me levanté para reunirme con Narciso. Ella me acompañó hasta la puerta con mucha finura, y me dió las gracias por haber honrado su pobre casa, separándonos de un modo bastante frío y ceremonioso.

IV.

Aquella primera entrevista no produjo otro efecto en mí que el de avivar más la curiosidad que sentia. Así que, apenas pasaron ocho dias, cuando volví á la casa de la joven provista de algunos dibujos y la tela de un peñador, que me sirviera de pretexto.

Halléla, como siempre, sentada al lado de la ventana, y creo que hasta más triste de lo ordinario.

—Ha terminado V. el bordado? la dije, despues de saludarla.

—Sí, señora, me respondió.

—¿De modo que no tendrá V. inconveniente en ocuparse unos cuantos dias para mí?

—Ninguno, contestó de nuevo.

—Mi gusto hubiera sido tenerla á V. á mi lado. Hay en mi casa un hermoso jardin, y como V. me parece aficionada á las flores, hubiéramos trabajado juntas bajo la sombra de los árboles, en compañía de un millar de pajaritos que se anidan en ellos, y me pagan el hospedaje cantando lo más alegremente posible.

Mientras la decia las anteriores palabras, estuve observando atentamente su rostro, y ví que una ligera sombra de gozo aparecia en él; más luego, volviendo á su habitual melancolía, me contestó sonriendo tristemente:

—Gracias, señora, gracias por su bondad. Desde que soy pobre y desgraciada, es la primera vez que me tratan como V. lo hace; pero en esta solitaria casa han muerto mis amados padres; en ella han muerto tambien mis primeras y únicas esperanzas de felicidad, y en ella moriré yo. Así lo he jurado; sin embargo, hubiera sido muy feliz viendo el sol, que jamás llega á visitar esta pobre estancia, y las flores que hace tantos años no miran mis ojos, si se exceptúa esta planta, imagen de mi soledad, y sobre todo, oyendo la cariñosa voz de V., que tanto bien me hace.

Aun hoy no puedo recordar las palabras de Felicia, que este era su nombre, sin sentirme conmovida: tanta era la amarga resignacion que encerraban.

Entonces, cuando las escuché, las lágrimas se agolparon á mis ojos, y apenas pude contenerlas.

—Ya os he dicho, amiga mia, la contesté, que respeto vuestro dolor y las razones que teneis para obrar así. Pero si las penas depositadas en un pecho amigo pueden hallar lenitivo, y me creéis digna de vuestra confianza, yo me daré por muy satisfecha con merecerla, y pondré cuantos medios estén á mi alcance para consolaros.

—Señora, me dijo la pobre joven, lo que me pedís es superior á mis fuerzas; pero me habéis tratado de un modo tal, que nada puedo negaros; y por otra parte debo esta explicacion á una persona que, proponiéndome lo que V., me hace igual suya, cuando, á lo ménos en la apariencia existe una gran distancia.

Quise interrumpirla, mas continuó:

—Sí, una gran distancia.

La infeliz era orgullosa, y su misma altivez la hacia ver en mí lo que no existia.

—Ya comprendo, amiga mia, me apresuré á decirle, ya comprendo por vuestro lenguaje y maneras que su posicion ha debido ser otra; pero es V. joven, bella y honrada, y con constancia y laboriosidad se vence la mala suerte. En cuanto á las penas del alma, pues no dudo que haya V. sufrido muchas, ponga V. la confianza en Dios, que no deja nunca frustradas las esperanzas que se colocan en su Divina misericordia.

—Cuán buena es V., me contestó la desgraciada, tomándome las manos. Mucho tiempo hacia que nadie me habia dirigido tan dulces palabras, desde que mi pobre madre perdió la razon....

—Cómo! Su madre de V. está loca?

—No, á Dios gracias, porque ya no existe. Mire V. si la habré visto sufrir, cuando doy gracias á Dios porque ha muerto! Ah, señora, es muy triste mi historia, y quizá se arrepienta V. de haberme instado á que se la refiera.

—No, amiga mia, siga V.

—Bien, puesto que V. lo quiere.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1088.

FIG. 1.ª—*Traje de paseo para baños de mar*.—El vestido, de faya reseda, está guarnecido de encajes negros y cinta moiré color de madera. Tres volantes fruncidos rodean la falda, y el delantero lleva un delantal formado de volantes de encaje con cabeza de faya. Túnica abierta por delante, hueca por atrás y orillada por encajes y lazos color madera. Cuerpo con tirantes y aldetas de encaje. Lazo de cinturon. Completa este elegante traje sombrero de paja con rosas encarnadas, plumas y cintas reseda.

FIG. 2.ª—*Traje muy elegante para casino, de foulard de la India, rosa y malva*.—Falda redonda de foulard rosa, guarnecida con ancho volante plegado y encima bullonados. Túnica de manto de foulard malva con solapas forradas de rosa, sostenidas con botones y adornada con cuatro anchos volantes fruncidos. Cuerpo de aldetas plegadas con pliegues profundos, dejando ver el forro rosa. Un pliegue Watéau forma sobre el manto una ancha aldeta con forro rosa. Sombrero de paja de arroz, adornado de lazos y plumas rosa y malva.



JULIA A LA CONDESA DE ARACELI.

Así como otras han buscado los establecimientos de baños más farrosos y las playas más concurridas para pasar estos dos meses en que el Estío nos abruma con su calor intolerable, yo he buscado un pequeño rincón de mundo en donde hubiese silencio, calma, auras suaves, pájaros y flores. Todo esto lo he hallado en un pueblecito de Francia.

Trousean está medio oculto entre los bosques y se espeja en las aguas del Mosela. Antes que los ferro-carriles envolviesen con su red metálica todos los ámbitos de Francia, el pueblecillo en cuestión ofrecía á sus moradores una paz octaviana y una abundancia fabulosa, delida á sus fértiles, aunque reducidas campiñas, á sus viñedos agrupados sobre las laderas de los montes, y á sus huertas regadas por mil arroyuelos, que bajan de las alturas en espumosas cascadas y serpentean por el llano con apacible y sonoro murmurio; murmurio que se confunde con el canto y los píos de los alegres pajarillos y los susurros de las auras.

Entregados completamente sus habitantes á sus faenas agrícolas, oían hablar de París como si fuese de la China, y de los grandes movimientos sociales y políticos como de las leyendas de los Galos primitivos.

Hoy todo ha cambiado: el ferro-carril ha llevado á aquel apartado lugar la ilustración y la exportación, turbando la primera su dulce paz, y arrebatándole la seguridad de su abundancia.

Sin embargo, como un viejo árbol que aunque se cimbrée resiste á la furia impetuosa del viento, ha conservado á pesar de todo parte de la candorosa sencillez de sus costumbres primitivas y su ferviente piedad de otros tiempos. Sobre cada picacho descuella una cruz, sobre cada colina una ermita, de modo que el Verano allí es una perpétua romería, una perpétua fiesta.

Bailes campestres, comidas de campo, cuantos placeres sencillos, de esos que ni fatigan el espíritu ni dejan en pos de sí remordimientos y tristeza, otros tantos se disfrutaban en esta pintoresca aldea.

¡Qué locos somos, me digo á veces á mí misma; qué locos somos de concurrir á esos lugares consagrados por la moda y el buen tono, ó lo que es lo mismo, por la vanidad, para disfrutar allí de los mismos placeres que nos ofrece la capital; vestírnos cinco ó seis veces al día; exponernos á que todas nuestras acciones y palabras sean comentadas y criticadas, y por último estar mal alojados, carecer de mil cosas y gastar enormes sumas, que más valdría emplear en beneficio de los pobres!

Créeme y aconseja á todas nuestras amigas que aún no hayan salido de Madrid, que busquen un pueblecillo como Trousean si quieren pasar algunos días agradables y divertidos, y que sin necesidad de venir tan lejos á buscarle, hay muchos tan pintorescos, amenos y escondidos como este en nuestra bellísima España.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Ahora que la estación es muy ocasionada á incendios, y ofreciendo peligros el uso del petróleo, vamos á dar á conocer las precauciones que hay que tomar para evitarlos.

El petróleo depurado es casi incoloro. El litro pesa menos de 800 gramos (2 libras catalanas), y no se inflama inmediatamente por el contacto de la llama.

Para cerciorarse de esta propiedad esencial, se vierte el petróleo en un plato, y se toca la superficie del líquido con la llama de una cerilla: si el petróleo está despojado de aceites ligeros muy combustibles, no se inflama, y si se echa la cerilla encendida, se apaga después de haber continuado ardiendo durante algunos instantes.

El aceite mineral destinado al alumbrado que no soporta esta prueba debe desecharse. Su uso sería peligroso, pudiendo ocasionar accidentes desagradables.

El petróleo, aunque no contenga las esencias ligeras llamadas naftas, que le comunican la propiedad de inflamarse al contacto de una llama, no es de las materias menos combustibles que se conocen; si se empapan de él los tejidos de lino, algodón ó de lana, su inflamabilidad es intensa, y de aquí el que su almacenaje y su expendición exijan gran cuidado. El petróleo debe conservarse en recipientes ó en vasos de metal. Los depósitos ó almacenes deben estar iluminados por lámparas de seguridad.

LÁMPARAS.—Una lámpara destinada á quemar petróleo ó otro aceite mineral, no debe tener ninguna grieta ó raja que establezca una comunicación directa con el recinto en donde la mecha funciona. El recipiente debe contener más aceite que el necesario para quemarse durante una vez, á fin de que la lámpara no pueda quedar sin aceite mientras arde.

Las lámparas de materias transparentes, ó semitransparentes, como son el vidrio y la porcelana, son preferibles, porque permiten apreciar el volumen de aceite que contienen.

Las paredes del depósito de las lámparas deben ser



ÁRABE MONTADO SOBRE UN CAMELLO.

gruesas, la pieza superior debe estar fija no por simple frotamiento, sino por un mástic inalterable por los aceites minerales.

El pie de la lámpara debe ser pesado y de gran base para dar más estabilidad é impedir el que se vierta el aceite.

EMPLEO DEL ACEITE EN LAS LÁMPARAS.—Antes de encender una lámpara debe llenarse casi completamente y en seguida cerrarla con cuidado.

Cuando el aceite está próximo á concluirse, debe apagarse y dejar enfriar la lámpara, antes de abrirla, para llenarla. Si se quiere introducir aceite en la lámpara ya apagada, pero antes de su completo enfriamiento, es indispensable el tener alejada la luz que nos ilumina para practicar la operación.

Si el vidrio de la lámpara se rompe es preciso apagarla inmediatamente, á fin de prevenir el calentamiento de las piezas metálicas: este calentamiento, cuando es algo intenso, vaporiza el aceite contenido en el depósito; el vapor se inflama y produce una explosión que acarrea la destrucción de la lámpara y su consiguiente derramamiento de líquido, que es muy fácil que se inflame.

La arena, la tierra, las cenizas, el gres, son preferibles al agua para apagar los aceites minerales en combustión.

QUEMADURAS.—En el caso de una quemadura, y antes que llegue el médico, es muy conveniente cubrir las partes quemadas con trapos empapados de agua fresca, que deben renovarse á menudo.

Nada más útil en estos momentos de tanto calor como la receta (que juzgo conocida de la mayor parte de mis lectoras) para hacer una bebida saludable y grata.

Esta es el sorbeto de agraz, que se hace muy fácilmente y con poco gasto.

El agraz se desgrana y se machaca bien en un almirez

de piedra, añadiendo agua poco á poco y pasando el ácido por un tamiz finísimo; las heces se exprimen hasta sacrarlas todo el jugo. Este se mezcla con azúcar desleído en agua aparte y con el zumo de varios limones, procediéndose después á helarlo por el modo conocido.

Las proporciones necesarias son estas: dos libras de agraz desgranado, cuatro limones, dos cuartillos de agua y una libra de azúcar.

No hay señora por modesta que sea su fortuna y severas sus costumbres, que pueda permanecer indiferente al irresistible deseo de embellecerse, porque todo lo bello es sublime.

Muchos son los específicos inventados para conseguir este fin, pero todos han sido abandonados por ser nocivos. Sin embargo, el que últimamente se ha puesto á la venta con el nombre de Blanco cera de Matilde Diez, está haciendo furor, y no hay elegante que no haya experimentado sus maravillosos resultados. Bien es cierto, que el estar elaborado por un entendido químico, así como el estar usándolo hace años la eminente artista, son garantías que ningún otro ofrece; así pues, no vacilamos en recomendarlo á nuestras lectoras como una cosa notabilísima por todos conceptos, y que hallarán en el depósito, Arenal 16, entresuelo, y en la elegante perfumería de Frera, Cármen, 1.

El precio del bote, es 30 rs.

Nuevas soluciones á la charada *Sotabanco*, inserta en el núm. 28 del CORREO, correspondiente al 26 de Julio;

por la señorita Doña Luisa Casamayor, de Madrid; Doña Nieves y Doña Concha Fernandez y Córdoba, de Mérida; Doña Cármen Muñiz de Búrgos, de Segovia; Doña Carolina Bayo y Aurell, de Medina de las Torres, y Doña Ana Campomanes, de Badajoz, y el Sr. D. Vicente Rubio, de Bilbao.

Soluciones á la charada inserta en el núm. 30 del CORREO, correspondiente al 10 de Junio, por las señoritas Doña Luisa Casamayor, de Madrid; Doña Bernarda Aspiroz, de Villafranca; Doña Cármen Ojerez, de Santander; Doña Leonor Arévalo, de Badajoz; Doña Jimena Labarro, de Barcelona; Doña Angustias Santos, de San Sebastian, y Doña Aurea Cibeira de Carballino.

APOLO.

CHARADA.

Arbol es prima y segunda
Si se le añade una letra,
Mas en el presente caso
Solo una persona mientan.

La tercera es apellido,
Y si la cuarta se agrega,
En verdad que nada llano
A la vista se presenta.

De esta cuarta es general
El consumo en Inglaterra,
Desde el misero mendigo
Hasta la graciosa reina.
Pero si á esta cuarta misma
Se juntase la primera,
Dos necesidades diarias
En muchos pueblos de sierra,
Y en otros que no lo son
Se remediarían con ellas.

El todo es una ciudad
Que un rio abundante riega,
Cuyo nombre en dos partido
Solo dos cosas nos muestra.

Madrid 28 de Junio de 1873. JERÓNIMO COUDER.

LA UNIVERSAL.

PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA DE ROYO,
Plaza de Topete, 15 (antes de Sta Ana).

Siendo muchas las señoras suscriptoras que nos preguntan las señas de este acreditado establecimiento para poder dirigir sus pedidos á la *Catalana*, que es su inteligente directora; las hemos reproducido, asegurando á las que deseen favorecerla, que en ninguna otra parte hallarán más variedad de peinados caprichosos y del mejor gusto, surtido más abundante y exquisito, en los artículos de perfumería, ni más equidad y baratura en los precios.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende al precio de 6 rs. en esta Administración, remitiéndose á provincias franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el Figurín iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).